



CULTURA POLITICA Y LIMITES A LA PARTICIPACION DEMOCRATICA

Joan Manuel del POZO

Uno de los problemas de nuestra democracia es el de la participación de la mujer. Sin duda, es uno de los mayores colectivos sociales con fuerte perfil o identidad propia que aparece como insuficientemente activo en la vida política, entendida ésta no sólo en el sentido más profesionalizado del ejercicio del poder, sino en el más genérico y simplemente cívico de interés por —y acercamiento a— los asuntos públicos.

La exposición va a centrarse en los dos significados habitualmente atribuidos al concepto de «cultura política». Un primer significado es el más genérico de cultura como sinónimo de *información o conocimiento*: se trata de analizar el grado de adquisición de la infor-

mación política por parte de las mujeres, que sin duda es por sí mismo un grado de participación política, condición indispensable además para ascender por los peldaños de la implicación activa en las responsabilidades públicas. Así, podrá verse cómo, en coherencia con los datos aportados acerca

de la menor información, los datos de participación efectiva de la mujer en la vida de partidos e instituciones políticas resultan también especialmente bajos.

El segundo significado de «cultura política» es más específico y pone su acento en el adjetivo antes que en el sustantivo. Alude globalmente al sedimento y amalgama de concepciones, inercias históricas, hábitos, lenguaje, reglas y modos —a menudo más implícitos que explícitos— de practicarse la política en la vida real. O, para decirlo de forma más breve y probablemente mejor: *la forma en que la sociedad vive y siente la práctica de la política.*

La primera parte establecerá algunas posiciones más próximas a la descripción sociológica, con aportación de algunos datos estadísticos de interés. La segunda, en cambio, intenta una reflexión en términos filosófico-políticos del objeto enunciado, con la finalidad de acercarse a la comprensión de los límites que encuentra la mujer en su acercamiento al compromiso político.

Información política y participación de la mujer

Tomamos como punto de partida y base principal de datos el estudio de Edurne Uriarte sobre «Mujer y política en España» publicado en *Sistema*, número 124 (enero 1995), que bebe en fuentes estadísticas principalmente del CIS, del Instituto de la Mujer y de la Unión Interparlamentaria.

Las principales posiciones del citado estudio podrían resumirse como sigue, con la aportación de reflexiones propias que considero coincidentes de fondo con la autora:

a) La variable género, a pesar de la lenta equiparación entre hombres y mujeres, continúa teniendo gran importancia para com-

prender el comportamiento diferencial de los ciudadanos respecto a la política.

b) El proceso de equiparación es mucho más lento en lo que respecta específicamente a la participación en el poder, tanto de partidos como de instituciones.

c) El factor educacional formal juega un papel decisivo en la reducción del *gap* sexual, lo que se advierte claramente si se observan los comportamientos de la población con nivel formativo superior.

d) Si se consideran los colectivos de hombres y mujeres en su globalidad, persisten diferencias fuertes en la expresión del interés por la política, lo que sin duda produce un efecto de realimentación mutua con la disposición a recibir información:

Interés por la política según sexo (%), 1994					
	Mucho	Bastante	Poco	Nada	NS/NC
M.	3	17	38	1	0
H.	5	26	38	31	0
CIS, 94					

e) Las mujeres se consideran a sí mismas menos informadas de la vida política que los hombres, con una diferencia notable:

Grado de información según sexo (%), 1994					
	Muy al corriente	Bastante	Poco	Nada	NS/NC
M.	3	23	5	28	2
H.	5	37	38	19	1
CIS, 94					

f) Las diferencias constatadas en interés e información se traducen necesariamente en un menor compromiso político activo. España figura en el sexto lugar de mayor inhibición política de la mujer entre los países desarrollados, tras Italia, Portugal, Grecia,

Japón e Irlanda, donde el peso de una u otra forma de tradicionalismo es rasgo común. España, a pesar de su reciente despegue hacia los valores modernos, sufre todavía una fuerte inercia histórica agravada por un pasado más reciente de lo que parece, el franquismo, cuyo activismo despolitizador y antidemocrático ha tenido efectos devastadores en orden al compromiso político, que además siguen actuando como sustrato bien abonado para determinadas operaciones de desprestigio sistemático de la política democrática. El efecto sobre las mujeres resulta, por pura lógica acumulativa, mucho mayor que sobre los hombres.

g) La acumulación referida lo es por la existencia en las mujeres de un poso formativo hondamente arraigado por la atribución tradicional de roles sociales distantes de la participación en lo público y estimuladores del cuidado autoreferencial y exclusivo de la privacidad familiar.

h) Un factor central en la transmisión de los valores tradicionales lo ha jugado la religión. La religiosidad activa en los hombres alcanza sólo a un 23%, mientras que en las mujeres alcanza el 36%. En el extremo contrario —expresión de indiferencia o ateísmo— encontramos a un 14% de hombres y sólo un 4% de mujeres (CIS, 93). En los países del Norte, libres del tradicionalismo católico, la reducción del *gap* sexual contrasta con países como Italia, Irlanda y España, tan fuertemente marcados por el catolicismo tradicional durante siglos.

i) Como factor de contraste esperanzador, se constata que la religiosidad tradicional de las mujeres disminuye en proporción directa a su entrada activa en la sociedad: así, mientras un 62% de las amas de casa se declara católica practicante, tan sólo se reconocen como tales un 31% de mujeres estudiantes, un 39% de trabajadoras y un 32% de paradas (Instituto de la Mujer, 88). El camino intensamente recorrido en los últimos

***Sólo la izquierda
tiende a un equilibrio
entre mujeres militantes
y mujeres dirigentes.***

años por la mujer hacia la formación media y superior y hacia el trabajo permite considerar muy a la baja para el futuro inmediato el peso de la religiosidad —cuando menos, de la tradicional, que fundamentalmente explotaba la ignorancia—; sin embargo, no debe ser olvidado para explicar la situación de nuestro presente.

j) Una consecuencia lógica de ello es también la mayor proclividad ideológica de la mujer hacia posiciones políticas de derecha:

Autoubicación ideológica (%), 1993		
	Hombres	Mujeres
Extrema izquierda (1-2)	6	4
Izquierda (3-4)	28	20
Centro (5-6)	25	26
Derecha (7-8)	9	10
Extrema derecha (9-10)	2	2
N/S-N/C	29	39

El dato de diez puntos de diferencia por arriba en las mujeres en «no-sabe/no-contesta» es tanto o más relevante que la distribución, también diferenciada, de posiciones ideológicas. En efecto, y puesto que nuestra preocupación ahora es la de conocer la «cultura» política entendida como «información», resulta indicativo del alto nivel de desinformación que el número de mujeres que «no saben o no contestan» supere en diez puntos al de los hombres. Si desde una posición de izquierdas cabe lamentar la tendencia tradicionalmente conservadora de una relativa mayoría de mujeres —aunque,

***El núcleo ejecutivo
del poder político
sigue siendo reacio
a la admisión de mujeres.***

como en el caso de la religiosidad, con visos de superarse rápidamente—, en cierto modo peor resulta —por el transfondo de ignorancia o sometimiento que revela— tan elevada cifra de inhibición ante la pregunta por la autoubicación ideológica.

k) La plasmación o consecuencia más visible de este relativo menor grado de información e interés por la cosa pública se produce en la baja cifra de afiliación de mujeres a partidos políticos.

Afiliación femenina a los principales partidos (%)	
	1991
PSOE	21
PP	30
PCE	18
	(1989)
Instituto de la Mujer, 1992	

Aunque conocemos la tendencia a corregir la situación en los últimos años, los porcentajes resultan muy bajos, especialmente si los comparamos con los relativos a partidos tanto de derecha como de izquierda europeos en las mismas fechas: así, el Partido Conservador británico tenía un 50% de afiliación femenina y el Laborista un 40%. El Partido Socialdemócrata sueco un 40% de afiliadas y el conservador un 43% (Unión Interparlamentaria, 1992). Un dato que resulta coherente con la mención del peso de posiciones conservadoras o tradicionalistas sobre las mujeres es la mayor afiliación a

partidos de derechas que de izquierdas. Lo que se explica también, incluso principalmente, por la tardía incorporación masiva de la mujer al mundo del trabajo, donde la actividad sindical y reivindicativa y la mayor conciencia social y autonomía personal animan a posiciones de mayor izquierdismo ideológico. Sin menosprecio del factor «tiempo personal disponible», que en las mujeres de derechas facilita la afiliación política gracias a la delegación pagada de las tareas domésticas y a su voluntaria y placentera desocupación laboral.

l) En compensación esperanzadora, la afiliación femenina a partidos ecologistas y a organizaciones de activismo social diverso se sitúa ligeramente por encima del 50%. Pero no sólo se trata de una mejora en lo que podría llamarse el espacio parapolítico, sino que, en un partido principal de la izquierda como el socialista español, la afiliación femenina juvenil (menos de 25 años) constituye el 50% y, en su conjunto, la afiliación femenina es bastante más joven que la masculina. Está claro que hay razones para la esperanza de una progresiva —incluso rápida— normalización.

m) En el orden del voto, los estudios politológicos coinciden en dibujar el perfil del votante más participativo como habitante de ciudad, de edad intermedia, con buen nivel educativo, de estatus socioeconómico medio-alto y hombre. En relación con la dirección del voto, y también en términos generales, los datos de las encuestas muestran que las mujeres votan algo más a la derecha que los hombres.

n) Aunque la tendencia que se dibuja claramente es la reducción del *gap* sexual en materia de información y participación política —sobre todo por razones de mayor formación y acceso al mundo del trabajo—, la presencia de mujeres en los núcleos de dirección política no guarda paralelo con la tendencia citada.

Mujeres en las ejecutivas de los partidos (%), 1994	
PP	18,9
PSOE	30,5
IU	34,6
PNV	7,7
Partidos políticos	

Sólo la izquierda tiende claramente a un equilibrio entre mujeres militantes y mujeres dirigentes, con toda seguridad como efecto de la autoimposición disciplinada de cuotas y de una mayor proximidad ideológica a los postulados básicos del feminismo. En los partidos de derecha, con mayor militancia femenina de base, se produce un fuerte desequilibrio que relega a la mujer al margen de los núcleos de mayor peso decisorio. En coherencia con sus postulados conservadores, la mujer es «fuerza de trabajo» en la base, pero debe subordinarse a la supuestamente mayor capacidad dirigente masculina.

ñ) En la presencia en las instituciones representativas, la tendencia a la mejor representación de la mujer empieza a subir a partir de finales de los ochenta, como efecto de la difusión y progresivo arraigo de los valores de progreso y el inicio de la aplicación de la cuota. El estancamiento, por ejemplo, de mujeres diputadas en el Congreso fue total entre 1977 y 1989:

Evolución de mujeres diputadas 1977-1996 (%)	
Legislatura	Mujeres
1977-1979	6,3
1979-1982	6,0
1982-1986	6,3
1986-1989	6,6
1989-1993	14,5
1993-1996	15,7
1996-...	21,4
Instituto de la Mujer, 1994 y FAC 1996	

España se situó en la legislatura de 1993 en cuarto lugar de los países de la Unión Europea en proporción de mujeres en las Cámaras Bajas, con Dinamarca en primer lugar —con el 33%— y Holanda —22,7%— y Alemania —20,5%— en segundo y tercer lugar. En la cola, Francia —6%— y Grecia —4,7%— Con las cifras de la última convocatoria electoral, España se situaría ligeramente por delante de Alemania, es decir, en tercer lugar.

o) En lo que respecta a diputadas según partidos, se mantiene la diferencia entre izquierda y derecha a favor de la primera y a pesar de las diferencias de militancia de base más favorables a la derecha.

Diputadas según partidos (%) 1993-96 y 1996		
Partidos	%Diputadas 1993	%Diputadas 1996
IU	22,2	33,33
PSOE	17,6	26,24
PP	14,9	16,03
CiU	5,9	25
PNV	0	20
Instituto de la Mujer, Elecciones 1993 y FAC 96		

Diputadas del Parlamento de Catalunya (%) 1995	
Partidos	% Diputadas 95
Convergencia i Unió	15
Partit dels Socialistes de Catalunya	17,64
Esquerra Republicana de Catalunya	0
Partido Popular	11,76
Iniciativa per Catalunya	27,27
Promedio general s/135 parlam.	14,81
Parlament de Catalunya, 1996.	

p) El núcleo ejecutivo del poder político sigue siendo todavía más reacio a la incorporación de la mujer. Hasta 1987 no había ministras (salvo una durante poco tiempo al

final del gobierno UCD); ha llegado a haber tres en los últimos gobiernos socialistas y cuatro en el actual del PP. Sólo una consejera, por tomar un gobierno autónomo, en el gobierno catalán de CiU. Y, en los ayuntamientos, sólo se ha pasado entre 1984 y 1991 de un 2% de alcaldesas a 4,2%.

q) Con todo, puede decirse con Eduarne Uriarte que «los cambios en la cultura política entre hombres y mujeres muestran con claridad que la tendencia futura, al igual que en el resto de países europeos, se dirige hacia una progresiva similitud en las características de la cultura y la participación políticas en hombres y mujeres y a una equiparación en posiciones de poder. Las diferencias en cultura y participación políticas ya han desaparecido casi en las generaciones más jóvenes y no tardarán en desaparecer en el conjunto de la población. Más lenta y complicada parece la incorporación a las posiciones de poder, dados los porcentajes que hemos observado más arriba. El aumento constante de mujeres en todos los ámbitos del poder político, sin embargo, permite afirmar que esta equiparación se producirá, si bien con notable retraso respecto a los cambios en los rasgos culturales y hábitos de comportamiento político».

Sin embargo —acaba señalando— «dos dificultades principales harán que esta equiparación sea mucho más lenta de lo que las aspiraciones de las mujeres españolas apuntan: 1) las actitudes masculinas reacias a ceder sus parcelas de poder y a compartir con seres a los que todavía no han llegado a

***Mientras las organizaciones
humanitarias crecen,
los partidos mantienen
dimensiones modestas.***

aceptar como igualmente capaces sus tradicionales áreas de dominio; 2) la doble jornada laboral y, sobre todo, la función reproductora que imponen un alto en las carreras profesionales y políticas de las mujeres que todavía hoy en muchos casos suele ser definitivo» *Sistema*, art. cit., págs. 135-136).

Hábitos políticos limitativos de la participación

El segundo sentido de la expresión «cultura política» nos remitía a la noción de hábito o forma de comportamiento, con la amalgama más implícita que explícita de inercias históricas, reglas escritas o no, concepciones o mentalidades, lenguaje y modos de proceder que acaban siendo *la vida misma* de la política, o la política en su dimensión más real; es decir, la política sin mixtificación, más acá de codificaciones estatutarias o proclamas ideológicas, expertas en justificaciones entre ingenuas y solemnes, pero siempre insoportablemente huecas.

El análisis que sigue, fruto de la doble preocupación del autor por la teoría y la práctica de la política, mezcla de reflexión y de experiencia, pretende destacar aquellos rasgos de nuestra «cultura política» —como hábito o forma ordinaria de producirse— que constituyen por sí mismos una barrera para la participación democrática. Debe aclararse desde ahora, por supuesto, que no se pretende agotar el análisis de lo que la política democrática realmente es en su integridad —con sus múltiples rasgos positivos—, y que la negatividad evidente de tales rasgos se acentúa sólo con la finalidad de abordar sin mayores rodeos el objeto propuesto y de denunciar tendencias, más que con el fin de describir con afán de objetividad una realidad muchísimo más rica en matices que lo que aquí se señala. Por otra parte, no está de más recordar que, en la base de tal discurso crítico, está uno de los fundamentos mismos de la grandeza

del sistema democrático: su capacidad e incluso su necesidad de permanente auto-corrección, sin la cual la democracia sería poco más que una máscara elegante.

Por lo que respecta al ámbito ideológico en que debe situarse el análisis, si se toma como punto de referencia al objeto analizado, los rasgos que se destacan pretenden serlo de cualquier democracia actual, con las lógicas diferencias y perfiles variados según segmentos geográficos y temporales. Sin embargo, si se toma como punto de referencia el sujeto que analiza y su intención última, el análisis se construye desde una óptica de izquierdas —y desde una localización española de la experiencia—; resultando imposible el análisis político aséptico o de laboratorio, la óptica de las convicciones ideológicas propias es no sólo la única posible, sino finalmente la única deseable. Cualquier otra pretensión nos devolvería al baile de máscaras. Y no estará de más recordar que, entre las firmes y sinceras convicciones de la izquierda —naturalmente democrática—, figura la de entender su propio proyecto, pese a haber alcanzado el concepto la dudosa categoría de tópico, como una «profundización de la democracia». Ello, que no excluye —no debiera hacerlo nunca— la plena legitimidad de perspectivas distintas de voluntad igualmente democratizadora, nos concede la tranquilidad de percibir el acuerdo de fondo entre nuestra sincera disposición subjetiva y la aspiración objetiva final del análisis: la mejora del sistema democrático.

Como última, pero necesaria aclaración previa de las condiciones del análisis: cuanto se diga es inicialmente aplicable a la mujer, pero no sólo a ella, como se verá. Son demasiado obvias las dificultades o barreras específicas para la participación política de la mujer —las que podrían llamarse «físicas», por su incidencia sobre el tiempo disponible— que se derivan fundamentalmente, como ya se ha apuntado al final de la

El desafío para la mujer es entrar en política para moderar la tendencia al autoritarismo.

primera parte, de la llamada doble jornada —laboral y doméstica— y de la función reproductora. Por ello, parece de mayor interés abrir la perspectiva a aquellos otros factores de inhibición de la participación que, muy principalmente, afectan a la mujer pero no sólo a ella.

Sintetizo bajo tres epígrafes los núcleos en torno a los cuales se desgrana la reflexión: autoritarismo, gestionalismo e individualismo.

Autoritarismo

Nadie, salvo marginales de lujo como algunos tertulianos, niega la necesidad de la autoridad democrática, ni la de su firmeza. Sin embargo, en el espíritu de la moderna democracia se contiene la exigencia de unos límites precisos y fuertes al ejercicio del poder. La democracia nace contra el abuso autoritario de las monarquías del Antiguo Régimen y procura dividir, controlar y someter a frecuente verificación representativa los mecanismos de poder. Sin embargo, ello no ha impedido que prosperen, en partidos e instituciones, formas autoritarias que la población percibe como impropias del espíritu democrático. Estas se revelan tanto por activa, a veces en forma de hiperliderazgo —en casos extremos vecino al mesianismo—, como por pasiva, por la tendencia a la veneración acrítica del líder, en torno a quien se crea una atmósfera vergonzante de silencio y sumisión. Ambas expresiones lo son de un único defecto: el ejercicio autori-

***El ejercicio del poder
es percibido con cierto temor
por las personas ajenas al
devenir diario de la vida política.***

tario —con las salvedades obvias— del poder democráticamente obtenido.

Sin duda, no faltaría más, nuestras democracias salvan las formas, pero el ejercicio del poder se transmite a menudo y es percibido casi siempre con cierto temor por las personas ajenas al devenir diario de la vida política de partidos e instituciones. Un exceso de «directivismo», justificado sin ambages como exigencia de eficacia, se mezcla con la implacable ley de la comunicación que demanda una fuerte imagen personalizada del poder para ganar elecciones. Pero todo lo que se gana en refuerzo de la dirección se pierde en acercamiento de la gente del común a la causa pública. Máxime si, como complemento interesado a la autoridad del líder, se genera —como ya es regla en nuestros partidos— una imitación en cadena, que construye desde arriba una verdadera pirámide de jerarquías altas, medias y menores, a cuál más celosa de su parcela de poder.

El papel de la mujer ante tal forma de ejercicio del poder puede oscilar pendularmente entre la integración o asimilación sin más de las formas habituales —es decir, habitualmente masculinas— y la automarginación o inhibición participativa, que es nuestra preocupación. No sólo, claro está, son las mujeres las afectadas. Muchos ciudadanos sienten parecida alergia al ingreso en tal tipo de estructuras informadas de autoritarismo, por estricta convicción democrática. Tienen, es verdad, la ventaja de tomar con plena libertad su opción inhibicionista, pre-

cisamente porque tienen la facilidad estructural de participar inmediatamente si quisieran aceptar el juego. No así en el caso de la mujer, que no sólo tiene que superar las específicas barreras ya conocidas, sino que puede ver reproducida en la esfera pública la triste imagen del autoritarismo marital, ya decrepita aunque no necesariamente muerta.

El desafío para la mujer es entrar en política para moderar la tendencia al autoritarismo. Para intentar, desde la dolorosa experiencia histórica de la sumisión al autoritarismo marital-paterno, la construcción de una forma de ejercicio de la autoridad que rebaje el directivismo y la jerarquización a grados razonables de autoridad positiva; *auctoritas* —procedente de *auctor*, el que proporciona impulso para el crecimiento— basada en el diálogo y la responsabilidad, más que en el dictado y la jerarquización aguda. No por jugar con las palabras, sino con ánimo de estimular la participación en una nueva forma de autoridad, se puede recordar a las mujeres que el sentido etimológico mencionado de *auctor*, «el que impulsa el crecimiento», juega en favor de quienes han recibido históricamente —para bien y para mal— la responsabilidad de «hacer crecer» a la prole. Un impulso que las mujeres saben bien que sólo es eficaz si combina a partes iguales la estimación/estimulación emotiva y la exigencia de responsabilidad. Algo bien distinto del denostado, con razón, *pater-nalismo*; que, como bien se sabe, es una forma refinada, pero no menos rechazable, de autoritarismo.

Gestionalismo

Sit venia verbo. La reducción de la política a la gestión, a veces no sólo mal disimulada sino incluso fomentada —sobre todo por la derecha, pero no evitada por la izquierda—, es otra de las barreras a la participación. Ciertamente, tiene sentido querer «tomar

parte» en algo de lo que una o uno «se siente parte». ¿Pero lo tiene en algo que se percibe como fría ejecución, sin el calor de lo político-pedagógico, de lo humano? Sin duda, la complejidad objetiva de la vida contemporánea impone a la política un fuerte grado de especialización y demanda a los políticos mucha resignación ante las exigencias de la gestión técnica. Pero si la necesaria colaboración de la esfera técnica sustituye al protagonismo de la política misma, caemos directamente en la tecnocracia. Y con ello se cambia otra vez una supuesta eficacia por una mayor implicación de los ciudadanos o ciudadanas en las cosas que les afectan. No se deslinda suficientemente el ámbito del debate y la decisión política del ámbito del estudio y la ejecución técnica. El efecto final no es otro que *la incompreensión* —en el sentido más simple de «no entender»— de la gente y su consiguiente alejamiento de la política. La vieja

idea griega de participación espontánea y natural del ciudadano, expresada con un verbo como πολιτευω —denotación simultánea de tener derechos de ciudadano y deber de participar en la administración de la propia ciudad/Estado— no encuentra hoy resonancia alguna. La convicción de los griegos era la unidad de ética, política y pedagogía: hoy estamos muy lejos no ya de esa unidad, sino incluso de una discreta proximidad entre los tres conceptos. Por ello puede explicarse la existencia de los datos que siguen —que, aunque referidos a la década de los ochenta, no parecen haber variado salvo para peor—.

La alta concentración de sentimientos negativos hacia la política (mayor todavía si se los asimila, como parece razonable, la «no respuesta») es verdaderamente preocupante, pero, como decíamos, congruente con un estado de cosas que ha conseguido clausurar

**Sentimientos producidos por la política en España 1980-1989
y en Portugal, Grecia e Italia 1985 (%)**

Sentimiento		España		Portugal	Grecia	Italia
	80	85	89			
Pasión	1	—	—	—	1	1
Entusiasmo	*	2	4	4	7	1
Compromiso	*	2	2	1	6	4
Interés	<u>24</u>	<u>24</u>	<u>19</u>	<u>15</u>	<u>51</u>	<u>19</u>
	25	29	25	20	65	25
Irritación	4	6	9	10	3	17
Disgusto	<u>*</u>	<u>4</u>	=	<u>6</u>	<u>5</u>	<u>10</u>
	4	10	9	16	8	27
Indiferencia	41	22	19	37	16	20
Desconfianza	11	12	12	8	7	14
Aburrimiento	<u>12</u>	<u>21</u>	<u>28</u>	<u>6</u>	<u>3</u>	<u>12</u>
	64	55	59	51	26	46
No respuesta	7	6	7	13	1	4

* No se preguntó en 1980.

CIS; para 1985 «Estudio de cuatro naciones», citados por Montero y Torcal, «La cultura política de los españoles, pautas de continuidad y cambio», *Sistema*, 99, Nov. 1990, págs. 39-74).

la política para instaurar el reino de la «gestión bien comunicada». Hoy, la política viene siendo cada vez más gestión gubernamental sometida a un tratamiento de imagen para su óptima comunicación. Alguien podría suponer que esa «óptima comunicación» sustituye a la vieja, obsoleta, pedagogía política. Sin duda, la alta especialización de las técnicas de comunicación viste mejor que los elementales —pero exigentes— principios de la vieja sabiduría pedagógica. ¿Qué decir hoy del pensamiento de Protágoras, cuando establece que «el ser humano es la medida de todas las cosas»? A muchos sonará a rancio tal principio, pero si reflexionan unos minutos encontrarán con él, entre otras, una razón por la que la política genera sentimientos negativos: porque nunca una comunicación de masas será estrictamente pedagógica, aunque pueda ser muy eficaz publicitariamente: no es lo mismo, para el sujeto receptor, «sentirse inducido a la compra» —misión de la comunicación publicitaria, sea de producto comercial o gubernamental— que «mejorarse a sí mismo por el diálogo», objetivo de la más elemental pedagogía.

El resultado es que los *sujetos naturales* de la tarea política, todas las ciudadanas y todos los ciudadanos, no se sienten tales, sino *objetos* de reclamo publicitario: si la política no es pedagógica —es decir, diálogo mutuamente formativo— es, sólo en el mejor de los casos, gestión y comunicación puramente publicitaria. Pero el riesgo que acarrea lo estamos comprobando: el sujeto se aleja de la escena, se siente estrictamente

***La mujer puede ver
reproducida en la esfera pública
la triste imagen
del autoritarismo marital.***

desinteresado y, con la complejidad cierta de las cosas que él también percibe, *in-capacitado*. Es decir, expulsado de la política. En el estudio citado de Montero y Torcal encontramos afirmaciones como éstas: «dos terceras partes de los españoles se muestran de acuerdo con la afirmación de que “la política es tan complicada que personas como yo no pueden entender lo que pasa”. Proporciones similares están también de acuerdo con la afirmación de que, “en política, la gente como yo lo único que puede hacer es votar”. La ineficacia política de los españoles se proyectaba así en dos dimensiones interrelacionadas: su incapacidad para actuar políticamente y la falta de receptividad del sistema para sus demandas» (art. cit. pág. 67).

Un reflejo institucional —a mi entender, lamentablemente e incluso grave— de la clausura de la política como debate de ideas y proyectos, como diálogo entre sujetos interesados en la cosa pública, y la instauración de la política tecnocrática —gestión ejecutiva y comunicación de masas— es el reconocido predominio desmesurado de los gobiernos sobre los parlamentos. El Parlamento es la residencia de la política misma, se lo adorne o no con consideraciones sobre su condición de depositario de la representación y soberanía popular. Pero hoy los parlamentos —es decir, la política— viven en una dorada marginalidad los procesos públicos: entre el ejecutivismo rampante de los gobiernos, renuentes al debate político, y el desplazamiento —casi una suplantación— del debate político tradicional a los medios de comunicación, el Parlamento aparece, en el mejor de los casos, como escenario de prestigio formal para la legitimación de decisiones cerradas de los gobiernos y como cámara de poco consuelo y no poca frustración para la oposición. La experiencia recientemente vivida en España de un cambio de gobierno legitimado en las urnas, pero inducido fundamentalmente por una macro-

operación de los medios, es un ejemplo de la escasa relevancia real de la política parlamentaria. Al día de hoy, se patentiza lo que quienes los sufríamos a diario en el Congreso veíamos con alguna claridad y mucho sentimiento de vergüenza ajena: su insolvencia política, su abandono en manos de la primera página del gran diario amarillo-opositor y resonancias tertulianas. ¿Hubo debate político? No: hubo desgaste mediático con aprovechamiento político. Sin dejar de reconocer, claro está, las razones objetivas que en algunos casos pudieron fundamentar una muy dura oposición. Pero nuestro objetivo es el análisis del método; y así podemos decir: los ciudadanos fueron *inducidos publicitariamente*, no *convencidos pedagógicamente* de las bondades del proyecto emergente. Lo que no resta, porque no podemos ni debemos dudar de la dignidad y responsabilidad de todos los votos emitidos, ni un ápice de legitimidad al resultado electoral. Sí podemos y debemos, sin embargo, analizar cuáles son los caminos por los que transcurre la vida política, para reafirmarnos en lo dicho: la ciudadana, el ciudadano, se sienten pasivos receptores de mensajes a menudo desmesurados y, con ello, viven entre indignados y empujados, a veces incluso asustados, incapaces y, por tanto, alejados del compromiso participativo.

Si todo ello lo referimos específicamente a la mujer, a la ciudadana, no podemos sino reconocer que su esfuerzo para superar la inercia discriminatoria histórica se verá incrementado por estos nuevos vicios de la política. No siendo partidario de atribuir a la mujer, como distintivo genético o cultural, una mayor disposición al diálogo o a la pedagogía, pensando sólo en ella como ciudadana no implicada a la par que el ciudadano no implicado, hoy tienen ambos ante sí el reto de vencer el muro de una política tecnocrática, «gestionalista» y poco pedagógica, y hacer crecer su interés por la cosa pública no con la

Los ciudadanos, sujetos naturales de la tarea política, hoy se sienten objetos de reclamo publicitario.

ayuda sino pese al entorpecimiento derivado de un estado de cosas como el descrito. Por parafrasear una célebre propuesta izquierdista, se requiere hoy mucho optimismo de la voluntad, porque la falta de debate de ideas y la ausencia de pedagogía política conducen inexorablemente al pesimismo de la inteligencia.

Individualismo

El esfuerzo teórico de muchos pensadores actuales de la democracia coincide en diagnosticar como uno de los defectos del sistema la poca atención que la política democrática presta a la atención individualizada del ciudadano. Las propuestas y acciones progresistas de los gobiernos de izquierdas parecen dominadas por una cierta obsesión «macrosocial», consiste en asegurar la universalidad de determinados servicios públicos y su gratuidad, de forma que permitan el acceso igualitario de toda la población a determinados bienes esenciales para la dignidad de la vida, pero agotando en ello toda la iniciativa política. Sin duda, ante los embates neoliberales contra los servicios públicos, tal objetivo clásico de la izquierda debe mantenerse como indispensable. Pero puede ser insuficiente. El ciudadano o la ciudadana tienen también derecho a una vida no sólo socialmente asistida, sino personalmente estimulada y atendida. La política democrática que sepa hablar al ciudadano como sujeto diferenciado digno de atención singular alcanzará un

rango cualitativo inestimable. Y a un buen observador se le alcanza perfectamente que tal propuesta no es en absoluto asimilable al individualismo neoliberal. Al contrario: lo propio de la doctrina individualista neoliberal es, dicho en plata, el puro abandono a la propia iniciativa y a la lucha abierta en áspera competencia para sobrevivir.

Y este último, por desgracia, es el modelo predominante socialmente y en la esfera de la política de partido e institucional. El discurso, no sólo defendido por la derecha, según el cual lo privado e individual es bueno, y malo o al menos ineficiente lo público, actúa como una envolvente de todas las relaciones sociales y políticas. La consecuencia es que se contrae la energía socializadora de las personas y disminuye su capacidad asociativa y participativa.

Muy singularmente, en la vida política de nuestros partidos, también los de izquierda, se perciben los defectos del peor individualismo en forma de lucha abierta por conquistar posiciones de poder sin más consideración que el propio interés. La música competitiva, conspirativa y maniobrera que emiten nuestras organizaciones es causa de profundo descontento para militantes responsables — como la música militar del lenguaje: «militantes»— y causa de extrañeza y alejamiento de ciudadanas y ciudadanos literalmente asustados de lo que perciben como habitual en la lucha política. La pregunta elemental es si resulta posible

Los ciudadanos tienen derecho a una vida no sólo socialmente asistida sino personalmente estimulada y apoyada.

erradicar tales hábitos, si es posible que donde se juega el poder existan relaciones no inspiradas por la hostilidad. No tengo respuesta. Sólo más preguntas: ¿podremos generar confianza en la gente y estímulo participativo si nos ven absorbidos en nuestras mezquindades? ¿Con qué ánimo la mujer o el hombre solidario y responsable puede iniciarse y mantenerse en un compromiso político marcado por la competencia a menudo muy desleal?

En un artículo reciente, Llorenç Gomis, comentarista sereno y bienhumorado —lo que no es poco mérito para los tiempos que corren— de la actualidad en *La Vanguardia* hablaba de los partidos políticos como de cajas negras de fuerte atracción interna y fuerte rechazo externo. Imagen a mi entender afortunada, que aprovecha la negritud de la caja para connotar la intensa gravedad de los cósmicos «agujeros negros». Fuerte atracción interna, cabe interpretarlo, porque la competencia endogámica y autista acaba siendo una obsesión que se autoalimenta de sospechas, resentimientos y pequeñas o grandes venganzas, emociones todas ellas de probada capacidad de arrastre. Pero fuerte rechazo externo porque a mesa con tales manjares pocos ciudadanos se acercan con gusto.

Partidos con talante competitivo más que solidario, consensual y dialogante; partidos con exigencias de horarios, reuniones y «militancia» poco acordes con una democracia estable y positiva; partidos con jerarquización aguda y poca renovación de personas, a quien primero desaniman es a las mujeres de doble jornada, de mente positiva, ambición moderada y formas dialogantes.

Es así como podemos establecer como tercer gran núcleo de barreras para la participación el individualismo, o para ser más exactos, la forma competitiva y agresiva del individualismo. Da qué pensar

observar cómo organizaciones de acción humanitaria que requieren gran esfuerzo personal ven crecer sus filas, mientras nuestros partidos se mantienen en dimensiones más que modestas. Mi interpretación no es otra sino que en tales organizaciones, al menos de momento, el esfuerzo sólo se dedica a los demás, mientras que los partidos absorben para sí buena parte de las energías de quienes los forman. O, de otro modo: entre esfuerzo solidario y esfuerzo autista, por no decir egoísta, la elección es clara.

Consideraciones finales

Sólo una persona ingenua podría conformarse con esta valoración en negro de las principales barreras *culturales* para la participación, en especial de la mujer, en la vida política democrática. No se pretendía, como advertíamos, un análisis objetivo y completo del funcionamiento general de nuestro sistema de partidos e instituciones democráticas, sino subrayar aquellos defectos específicos en relación con nuestra preocupación, asumiendo el riesgo de acentuarlos en exceso. Pero con la ventaja, esperamos, de contribuir a destacar tendencias de funcionamiento que deberían ser corregidas para facilitar el acercamiento participativo de ciudadanas y ciudadanos.

En cualquier caso, no sería prudente olvidar factores objetivos que, si no justifican, al menos explican algunas de las deficiencias denunciadas. Entre ellos, de forma destacada, el peso de nuestra difícil tradición histórica, con una dictadura no tan lejana y una transición de muy peculiares características. Tras de ella, las leyes electorales, los reglamentos y usos parlamentarios, las estructuras y estatutos de los partidos y, desde fuera pero con fuerte penetración en la vida política, la mediatización informativa que está transformando las relaciones políticas y sociales de una forma decisiva de la que so-

mos todavía, por falta de perspectiva, poco conscientes.

A mi modo de ver, se han combinado de forma fulminante en la misma dirección inhibidora de la participación la debilidad de la tradición democrática en España, la rigidez de las normas de las instituciones representativas y de los partidos, la deriva tecnocrática de la política, la crisis de ideas y de representatividad de la política parlamentaria y la singular mediatización de los medios de comunicación. Tal marco, dibujado de forma rápida, explica en buena parte el crecimiento y asentamiento de los defectos nucleares señalados como principales inhibidores de la participación democrática.

Si nos planteamos, en el momento de cerrar estas consideraciones, qué debería intentarse para superar —siquiera en parte, sin pretender ninguna solución radical ni universal— tal estado de cosas, sugeriría, como apuntes, las siguientes líneas de trabajo social y político. Con la clara conciencia de su dificultad objetiva, de su más que probable lentitud, pero a la vez de su posibilidad y necesidad pese a todo.

Como cuestión de principio, debemos repensar la relación profunda entre ética y política, no sólo para evitar la corrupción —aun contando con su probable persistencia—, sino sobre todo para modificar el clima de la vida política. El mal clima —agresividad individualista, jerarquización abusiva...—, aderezado por la mala o nula

***Donde se juega el poder,
¿es posible que existan
relaciones no inspiradas
en la hostilidad?***

***Sólo si la política recupera
un discurso de regeneración
del ethos democrático
la gente participa en ella.***

pedagogía política, aleja más a la gente que una mala ley electoral. Sólo si se recupera un discurso de regeneración del «ethos democrático» (Flores d'Arcais) y con él el cambio de actitudes básicas en la convivencia dentro y fuera de los partidos, la gente, las mujeres y hombres que nos votan, confiará en su capacidad de aportar algo y se decidirá a participar. Es difícil resumir en pocas palabras lo que es el talante democrático, pero todos intuimos perfectamente lo lejos que estamos de su realización general. El camino a recorrer, en fomento de actitudes políticas y sociales congruentes con los valores ético-democráticos esenciales —diálogo, tolerancia, respeto, responsabilidad, entre otros— es largo, pero sin duda el de fecundidad más asegurada. Paolo Flores d'Arcais expresa de manera muy simple la tarea: «tomarse en serio la democracia». Grave exigencia, porque da por supuesto que se la está banalizando, que se la está vaciando de valores que le son esenciales. La tarea es difícil precisamente porque no se resuelve con leyes ni con dinero. Es una tarea fundamentalmente social y educativa, pero también política, con especial protagonismo de quienes tengamos alguna responsabilidad pública. Es una tarea difusa, pero nada confusa.

El resto de la tarea, más fácil de abordar para quien guste de programar acciones concretas, pero poco eficaz si no se trabaja en la primera dimensión, probablemente debería abarcar medidas como:

— La mejora de la representatividad, con la reforma de leyes electorales y reglamentos parlamentarios que restablecieran el equilibrio entre ejecutivo y legislativo y que permitieran identificar al parlamentario/a como eficazmente responsable de la acción política;

— La transformación radical de nuestros partidos, de cuño decimonónico, cerrados sobre sí mismos y rígidos en su funcionamiento para enmendar:

- su estructura fuertemente jerarquizada,
- su propensión a profesionalizar en exceso la función política,
- su escasa capacidad de intercambio social,
- su tentación de control de las instituciones (grupo parlamentario, gobierno en su caso).

— acciones sistemáticas y generalizadas de pedagogía de la vida democrática. Cuestión a dilucidar, muy delicada, es el grado de implicación que deba asumir el sistema educativo mismo, que entiendo que debiera superar viejos recelos y atreverse a llevar a las aulas la educación cívica constitucional. Pero, más allá de la educación formal, la tarea pedagógica que nos queda a quienes tenemos responsabilidad política es literalmente inmensa.

Si hemos reconocido el carácter «cultural» de muchas barreras para la participación, sólo o principalmente como tarea cultural podrán vencerse. Sabiendo, claro está, que la tarea de cambio cultural es de largo alcance, para bien —profundidad de sus efectos— y para mal —lentitud y, a veces, inconcreción de sus efectos. Muchas mujeres y no pocos hombres la esperan.